



Algunos días en Roma

Me gusta el viejo Hotel Plaza, con el impresionante león de mármol en el arranque de la escalera, la decoración de los altos techos de los salones y sus enormes cuartos. Da sobre El Corso y es breve el recorrido que debo hacer para visitar los sitios que se me tornaron familiares en 1970 y 1971, cuando por algunos meses trabajé en Roma para la FAO: la Piazza del Popolo, la Piazzale Flaminio, el Pincio, la Piazza d'España e inclusive la Piazza Venezia, el Arco de Giano sobre el cual da el apartamento que entonces ocupé en Palazzo il Velabro y la Vía dei Cerchi, a lo largo del Palatino, por donde iba diariamente a la sede de aquella entidad internacional. Ahora sí quiero y puedo obedecer el consejo médico de hacer largas caminatas y las hago con el mismo interés de otros tiempos. Cerca, en la Vía Condotti, la de los almacenes deslumbradores, está el antiguo Café del Greco y avanzando algunas cuadras se puede degustar sabroso capuchino en un café de la Piazza S. Silvestro. Me dejo llevar por la inclinación a repetir lo que en otros tiempos hice, no sin un mucho de melancolía. ¡Cómo han corrido los años! Y cuánta falta hacen los seres amigos que se ha llevado la muerte o ya no se encuentran en Roma.

Su santidad Juan Pablo II

He ido a Roma con el interés principalísimo de conocer personalmente al Papa Juan Pablo II y expresarle la gratitud de mi familia y la mía por el inesperado cable que nos dirigió con motivo de las bodas de oro matrimoniales. Su Santidad ha viajado a Milán y debo esperar su regreso para que se fije la fecha de la audiencia privada que ya ha solicitado para mí nuestro embajador Rivas. Entretanto, leo en los periódicos la relación de la visita papal a la capital lombarda. Ha sido un éxito inmenso. Más de doscientos mil jóvenes lo aplaudieron con delirio en el autódromo de Monza. Trabajadores, en número aún mayor, en Sesto San Giovanni. En medio de la general sorpresa, Juan Pablo II asistió a un concierto en La Scala y a la Feria. En el segundo día de su visita pronunció siete discursos. Uno de estos me llamó especialmente la atención porque en él tocó el Papa los problemas del desempleo, con palabras que debieron conmover hondamente a su auditorio: “Yo sé qué cosa quiere decir entrar en una fábrica y estar allí todas las horas útiles del día, todos los días de la semana, todas las semanas del año; lo he sentido en mi propia carne, no lo he aprendido en los libros. . . Una de las razones de la visita de hoy es precisamente esta: dejar testimonio de mi participación en los sufrimientos de quienes han perdido su puesto de trabajo y en las angustias de quienes ven amenazada su seguridad. Aprovecho por lo tanto también esta circunstancia para renovar un pesaroso llamamiento a todas las personas que tienen poder de iniciativa económica o política para que unan sus fuerzas en una acción coordinada y responsable que, en 393 el cuadro de los sacrificios equitativamente distribuidos entre los ciudadanos, abra nuevas perspectivas en este fundamental sector de la vida social”.

Esta angustia por la suerte de los desocupados, esta preocupación por el problema del desempleo, puede palpase en todas partes. Como habrá de verse, tuve en Roma la oportunidad de escuchar sobre el particular una interesantísima disertación.



A la hora exacta señalada en el aviso que he recibido del Vaticano se me hace pasar al salón de las audiencias privadas. La personalidad del pontífice, su trato, corresponden exactamente a la idea que de ellos me había formado. Hay en él lo que podría llamar una “firmeza dulce”, una “energía y una sabiduría bondadosa”. Me interroga sobre temas latinoamericanos con palabras que muestran el detallado conocimiento que tiene de ciertas situaciones. . No puedo dejar de pensar mientras me habla de su arriesgada visita a Centroamérica y de la que va a hacer a Polonia. Después, mientras con el embajador Rivas doy un paseo por los jardines del Vaticano, siento que la breve audiencia ha acrecido la admiración que ya tenía por este Papa, paladín de la libertad y de la justicia social. Su recuerdo me acompaña durante toda mi permanencia en Roma y hoy ha vuelto a mi mente con impresionante claridad, ai repasar las páginas del libro que Su Santidad tuvo la bondad de obsequiarme: *apaláncate le porte a Cristo*, un relato de los primeros catorce viajes del pontífice. Han sido peregrinaciones memorables y cada una lleva un nombre expresivo: “Verdad y liberación”, “El coraje de la paz”, “La solidaridad del trabajo”, por ejemplo.

No creo que hombre alguno en toda la historia universal haya hablado ante tantos millones de personas y en tan diversos sitios. Abre las puertas a Cristo trae las impresionantes fotografías de las multitudes que en todos los continentes acudieron a escuchar al pontífice. Comienza con México* y el autor del libro señala, con razón, cuán difícil resultaba la tarea que en ese país tenía que cumplir Juan Pablo II. Vale la pena detenerse en esa explicación.

“Un viaje difícil en una de las zonas más explosivas del mundo de hoy; continente riquísimo la América Latina, pero con las inmensas riquezas en manos de pocos y que disfrutaban sociedades extranjeras, las únicas con posibilidad de invertir enormes capitales para el cultivo y la exportación de productos agrícolas y para la extracción de minerales. La Consecuencia es la brecha profunda éntre las multitudes que viven en extrema miseria, a menudo en el límite de la Subsistencia, y los pocos ricos que viven en el lujo y en algunos países detentan, incluso con la fuerza, el poder político y económico. En ésta situación de injusticia y violencia, ¿qué debe hacer la Iglesia? ¿Qué cosa significa y qué cosa conlleva ser cristianos, hoy, en la América Latina? ¿Y cómo es posible evangelizar con credibilidad? A estos graves y tormentosos interrogantes fue a responder el Papa en uno de los momentos cruciales de la historia de la Iglesia en el continente latinoamericano, allí donde el problema que debe afrontarse es el de la fe y su significado, en un contexto de grave injusticia social, en el cual y precisamente por eso, se ha desarrollado un nuevo movimiento teológico, el de la *Teología de la Liberación*”.

Se explica que esa nueva tendencia nació en Medellín, Colombia, después de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que dio una primera respuesta a los graves problemas del continente proponiendo una Iglesia al servicio de todos los hombres, especialmente de los más necesitados; una Iglesia pobre y comprometida, como fermento y agente de cambio, con la justicia social; que libertara a los pueblos de América Latina de las situaciones de pecado y de opresión que frenan su desarrollo integral. Luego se dice: “La esencia del mensaje de Juan Pablo II a la América Latina y la respuesta de la Iglesia no solo a los problemas de aquel continente sino a los del mundo de hoy y al de mañana está encerrada en el discurso de Puebla, centrado sobre tres verdades que la evangelización debe anunciar: Jesucristo, la Iglesia, el hombre”. Lo que en Puebla dijo el Papa, la separación que trazó entre el papel del clero y el de los laicos, fue objeto de controversias. Helder Cámara, se recuerda en el libro, las costó, o poco menos, con la afirmación que uno confirma al escuchar del Pontífice: “Este Papa es un hombre de hoy. Ha conocido la experiencia del trabajo. Ha estado primero bajo la dominación nazista y después bajo la soviética.



Ha vivido el Concilio. Es, en suma, un hombre abierto a los grandes problemas de la humanidad”. La explicación va acompañada de extractos de lo dicho por el pontífice en cada lugar. ¡Cuántas frases memorables! En Guadalajara: “Al cristiano no le basta la denuncia de la injusticia; se le demanda también ser verdadero testimonio y promotor de la justicia”. En Monterrey: “Para participar realmente en el esfuerzo solidario de la humanidad, los pueblos latinoamericanos exigen, con razón, que se les restituya la propia responsabilidad sobre los bienes que la naturaleza les ha dado y las condiciones generales que les permitan adelantar un desarrollo de conformidad con el propio espíritu y con la participación de todos los grupos humanos que los componen. Se hacen necesarias innovaciones audaces y renovaciones para superar las grandes injusticias heredadas del pasado y para vencer el desafío de la transformación prodigiosa de la humanidad”. En Jasna Góra (Polonia): “El trabajo es también la dimensión fundamental de la existencia del hombre sobre la Tierra. Para el hombre el trabajo no tiene solo una significación técnica, sino también ética. Se puede decir que el hombre sujeta a sí la tierra cuando él mismo, con su comportamiento, se vuelve señor, no esclavo, y también señor y no esclavo del trabajo”. En Irlanda: “La violencia es un mal, la violencia es inaceptable como solución de los problemas, la violencia es indigna del hombre. La violencia es una mentira porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que ella quisiera defender: la dignidad, la vida, la libertad de los seres humanos. La violencia es un crimen contra la humanidad, porque destruye el tejido real de la sociedad”. En la Asamblea General de las Naciones Unidas: “Se necesita medir el progreso de la humanidad no solo con el progreso de la ciencia y de la técnica, en las que resalta toda la singularidad del hombre con respecto a la naturaleza, sino contemporáneamente y aún más con la primacía de los valores espirituales y con el progreso de la vida moral... El análisis de la historia del hombre, en particular en la época actual, demuestra cuán importante es el deber de exponer más plenamente el alcance de estos bienes a los cuales corresponde la dimensión espiritual de la existencia humana. Demuestra cuán importante es esta tarea para la construcción de la paz, y cuán grave es cualquier amenaza contra los derechos del hombre. Su violación, aún bajo condiciones ‘de paz’, es una forma de guerra contra el hombre”. En Salvador de Bahía: “Quien reflexiona sobre la realidad de la América Latina, tal como se presenta hoy, está de acuerdo con la afirmación de que la realización de la justicia en este continente se encuentra de frente a un dilema preciso: o se hace a través de reformas profundas y valerosas, según principios que expresen la primacía de la dignidad humana, o, por el contrario, se realiza (pero sin resultado verdadero y sin beneficio para el hombre, de esto estoy convencido) con la fuerza- de la violencia. Cada uno de ustedes debe sentirse enfrentado a este dilema. Cada uno de ustedes debe hacer su escogencia en este momento histórico”.

Y así, de continente en continente, de país en país. En Recife trató Juan Pablo II el problema de los hombres del campo y de la migración hacia los grandes centros urbanos, “arrancarlo a su tierra natal, empujarlo a una migración incierta, en dirección de las grandes metrópolis o bien no garantizar sus derechos a la legítima posesión de la tierra significa violar sus derechos de hombre y de hijo de Dios. Significa introducir un peligroso desequilibrio en la sociedad”.

Aparte del honor y la satisfacción que tuve con el conocimiento personal del pontífice, la audiencia que me concedió y el obsequio del libro que he venido citando han concentrado por fortuna mi atención sobre lo que él viene diciendo acerca de los más grandes problemas del mundo actual. Juan Pablo II es, y seguirá siendo, sin duda, un Papa controvertido, no solo en temas como el de la teología de la liberación, sobre el cual me parece que ya ha ganado muchas batallas, sino también



sobre otros. Ha defendido la libertad de la asociación sindical, frente a las pretensiones de los estados totalitarios; ha tratado con profundidad y elocuencia los temas de la cultura; ha examinado el problema del empleo. Pero quizá el campo en que su prédica tropieza duramente con la sociedad contemporánea y con realidades insuperables es el concerniente al divorcio, el aborto y la contracepción artificial. Son los mismos escollos con que tropezó Pablo VI, y la posición de Juan Pablo II es en estas materias más conservadora que la de aquel pontífice.

Una conversación interesante. La tercera dimensión humana. El palazzo Madama

Hace algunos meses me visitó en Bogotá el senador Paolo Emilio Taviani y me obsequió los dos tomos de su obra *Cristóbal Colón - Génesis del gran descubrimiento*, que ha sido traducida al castellano por Marisa Vannini de Gerulevitz. Taviani, que ha tenido una muy larga carrera parlamentaria, conoce bien los países latinoamericanos y es un especialista en problemas del desarrollo. Lo visité en su despacho del Palazzo Madama para corresponder a su visita. Conversamos largamente y luego pude visitar el Palazzo Madama, cosa que, inexplicablemente, no había hecho en viajes anteriores.

Perteneció este palacio a la princesa Margarita de Austria, hija natural de Carlos V, y de ella proviene el nombre con que se le designa. Es una sede imponente. Impresionan sobre todo el “aula” de las sesiones plenarias, un gran salón en cuyas paredes frescos inmensos representan escenas del Senado de la Roma antigua; aquella de la invasión de los galos que encontraron a los senadores impassibles, como estatuas, en sus curules; aquella otra en que se pronunció la famosa frase de “hay que destruir a Cartago”; las *Catilinarias* de Cicerón, en fin, los momentos estelares de Roma, cuando el Senado representaba toda la grandeza de la República. Me pregunto hasta qué punto impresionan a los políticos de ahora, tan enredados en sus problemas electorales, esas escenas heroicas. El aula, construida en el que fue patio del Palazzo, es a un tiempo funcional y de noble estilo.

Comento con él senador Taviani su libro del *Descubrimiento* que muy pronto hallará su complemento en otro sobre los viajes de Colón. Le digo que el presidente Betancur, enterado por algún amigo del entusiasmo mío por esa obra, mostró interés en leerla. Por elemental cortesía he debido enviársela yo; pero no pude hacerlo por estar preparando una reseña de su contenido para *Nueva Frontera*. El mismo día de mi visita llamó el senador a nuestro embajador ante el Quirinal y le anunció el envío de un ejemplar del libro para nuestro presidente y otro para el embajador. Impensadamente quedó así remediada una omisión que me tenía realmente apenado.

Taviani destaca en su conversación, como rasgo característico y favorable de nuestro país en el concierto de América Latina, el del bien logrado mestizaje con las razas indígenas. No hay en Colombia la honda separación característica de otros países ni nuestra masa humana puede considerarse como un trasplante europeo a tierras americanas. Es una opinión que yo he tenido desde hace mucho tiempo y que el senador expone con conocimiento y claridad. De ahí pasamos al



problema del empleo con el cual, repito, tropieza uno en todas partes. La modernización del equipo, me dice Taviani, indispensable para competir en productividad con el Japón, estará acompañada forzosamente de menor ocupación de personal. ¿Será inevitable, por consiguiente, el desempleo? No, dice Taviani, y me expone lo que él cree que será la evolución en un futuro ya próximo. El hombre, me dice, ha vivido hasta ahora en dos dimensiones. Su tiempo está casi totalmente repartido entre su trabajo y el hogar. En el futuro vivirá otra dimensión, la del tiempo libre para la cultura, los servicios voluntarios y gratuitos a la comunidad, la recreación. La jornada de trabajo será mucho más corta; habrá menos días laborables. En otras palabras, si como consecuencia de las innovaciones técnicas disminuye la demanda de brazos, habrá que repartir las tareas entre un mayor número de personas, y una vida en la cual exista realmente la tercera dimensión será más grata si el ocio obligado se emplea bien. Enseñar a emplearlo es tarea social impostergable.

Dimensión social del pecado y pecado colectivo

Se me han ido las horas en la lectura del *Time*. Pienso para consolarme, que soy un buen viajero y mantengo adecuado equilibrio entre las actividades turísticas y la lectura. A la mano tengo un número de *II Osservatore Romano* en el cual he encontrado un interesante escrito sobre “La dimensión social del pecado y el pecado colectivo”. Registra un cambio en la reflexión teológica y pastoral durante los últimos años. Amablemente el embajador Rivas, por petición mía, consiguió el número que lo complementa y me lo ha hecho llegar a Bogotá. El tema me parece apropiado para que se le examine en las circunstancias actuales de la vida colombiana. “Junto a otras incitaciones al pecado, el hombre encuentra ‘nova ad peccatum incitamenta’ en el orden de cosas perturbado por las consecuencias del pecado”, y a la luz de los textos del Concilio parece que debe hacerse referencia al factor social, imprescindiblemente. Pero el tema bien merece más dilatado comentario.

“Nueva Frontera”. 11 de julio de 1983